

## COMUNIDAD

Chusa Lamarca (miembro de Ecologistas en Acción)

Pese a su aparente inocencia, la voz *comunidad* encierra una indiscutible carga de profundidad semántica bañada de un fuerte e indeleble contenido histórico, antropológico, sociológico, religioso, ético, político, económico, ideológico, cultural e incluso erótico, si tenemos en cuenta que procede del latín *communitas*, *-ātis* y que deriva a su vez de *commūnis* “común”, al igual que sus primas hermanas *comunal*, *comuni3n*, *comunero*, *comunismo*, *comuna* o *comunicar*.

Resultaría sumamente ilustrativo pretender analizar aqu3 los m3s de dos mil a3os de avatares hist3ricos, pol3ticos y filos3ficos por los que ha atravesado esta preciosa perla etimol3gica (desde el nacimiento de las primeras comunidades cristianas, pasando por las *Comunidades* o levantamientos populares castellanos contra Carlos I, el surgimiento del *comunismo* como doctrina econ3mica, pol3tica y social, la irrupci3n de la m3tica *Comuna de Par3s* o de las tambi3n ut3picas *comun*s que proliferaron en el 68 como una nueva y rompedora forma de organizaci3n social y econ3mica basada en la propiedad colectiva y en la eliminaci3n de los tradicionales valores familiares, hasta desembocar en la llamada “aldea global” y en la actual “era de la informaci3n y la *comunicaci3n*”). Pero dejando al margen este precioso recorrido hist3rico, no es menos instructivo intentar desentra3ar los diversos sentidos que encubre la voz *comunidad* pronunciada en los primeros albores de nuestro siglo XXI.

La voz comunidad se adorna hoy con una gran variedad de ep3tetos de muy diverso signo. ¿Qu3 comparten las denominadas *comunidades ind3genas*, la *Comunidad Europea* y a la hoy tan invocada *comunidad internacional*? ¿Por qu3 se habla de *comunidad educativa*, *comunidad de usuarios*, *comunidad de bienes* o *comunidad de propietarios*?

La palabra *comunidad* revela, pues, un abanico de sentidos diversos y a veces contrapuestos. Una aproximaci3n habitual parte de diferenciar entre comunidades de lugar (conjunto de las personas de un pueblo, regi3n, naci3n o grupo de naciones) y comunidades de elecci3n (conjunto de personas vinculadas por caracter3sticas o intereses comunes).

Las comunidades de lugar abarcan desde peque3os territorios como las *comunidades de vecinos*, as3 como entes mayores como nuestras *Comunidades Aut3nomas*, la *Comunidad Europea* o la *comunidad global*. Lo que caracteriza a este proceso de extensi3n gradual es que sobre la base de una adscripci3n, en principio territorial, empieza a primar el cariz econ3mico. Los pa3ses o regiones conforman uniones de hecho y de derecho para aunar sus intereses econ3micos y poder operar en el mercado global. El caso m3s claro es el de la Comunidad Europea, configurada desde sus inicios como una comunidad econ3mica y hoy culminada en una uni3n monetaria, aunque este primordial objetivo se intente barnizar con tintes pol3ticos, culturales e incluso sociales y medioambientales. Por su parte, la llamada aldea global, en un intento de abarcar todo el territorio y habitantes del planeta, es una comunidad que cuenta con m3s excluidos que incluidos, aunque no tiene fronteras para armas, capitales y mercanc3as. Se trata, en realidad, de un gran hipermercado global en el que s3lo operan y sacan beneficios unos pocos, frente a la gran mayor3a de habitantes de la Tierra.

La voz *comunidad* a3un irradia ciertos ecos a3norados de hermandad y solidaridad, algo que el discurso del poder utiliza tras un t3rmino hoy cacareado hasta la extenuaci3n: *comunidad internacional*. Esta coletilla, en boca de pol3ticos y gobernantes sin escr3pulos esconde, en realidad, los intereses de un reducido grupo de naciones que se ha autodesignado con la bendici3n del 3nico dios verdadero- como el aut3ntico representante de un gobierno mundial. La *comunidad internacional*, liderada por Estados Unidos y conformada por el grupo de pa3ses hegem3nicos financiera, econ3mica y militarmente, es quien decide lo justo y lo injusto, la guerra preventiva y la fijaci3n y “universalizaci3n” de los llamados “valores democr3ticos”. Se trata de un caso m3s, en la insistente din3mica del poder, de construcci3n de la realidad por medio de la perversi3n de las palabras. El primer paso es buscar el consentimiento con paliativos ret3ricos y, cuando la ret3rica falla, siempre es posible servir los hechos en crudo y por la fuerza. Aferrarse a los designios de la autodenominada *comunidad internacional* sirve hoy para saltarse a la torera todos los cimientos del derecho internacional y los deseos reales de la comunidad global, que se ha manifestado un3nimeamente contra la guerra global.

Lo cierto es que los llamados “pa3ses desarrollados”, esos que forman la flor y nata de la *comunidad internacional*, se han forjado sobre el exterminio, el expolio de los recursos y la desaparici3n de algunas comunidades reales, entre ellas las llamadas *comunidades ind3genas*. Comunidades que en 3pocas recientes se ha visto necesario reconocer, regular sus derechos, garantizar el respeto a sus identidades y proteger el derecho a su cultura y formas de organizaci3n social, generalmente arraigadas a la tierra, dependientes de sus recursos naturales y basadas en el uso comunitario de las tierras que tradicionalmente ocupan. Sin embargo, la voracidad de los grandes estados y de las transnacionales en su ritmo imparable de expansi3n capitalista globalizada atenaza las tierras en los que estas comunidades se asientan y que son, generalmente, los 3ltimos y mayores reductos de biodiversidad del planeta. Sus tierras, conocimientos y recursos se han convertido en un deseado y suculento bot3n y sus pobladores forman una peque3a porci3n de islotes casi extintos en medio de la mara3a homogenizante del sistema global que uniformiza lo econ3mico, lo social y lo cultural. Para el capitalismo no es posible otra forma de vida que no siga la de su propia l3gica.

Si bien es cierto que todos somos aborígenes nativos de un lugar -aunque se reserve el término para un pequeño grupo de comunidades consideradas “atrasadas” por mantenerse al margen de la que se considera como única forma de civilización posible basada en el “progreso” y el desarrollo económico-, el crecimiento desmedido de las grandes metrópolis y sus problemas intrínsecos como el hacinamiento, el tráfico y la contaminación, o la soledad de un individuo aislado en medio de la gran selva y muchedumbre urbanas, han conseguido mitificar los modos de vida rurales tradicionales frente a un medio urbano profundamente inhumano e insostenible.

En una aproximación somera, parecería que el tamaño de las comunidades es el factor más importante para determinar su coherencia, sobre todo porque en un núcleo pequeño puede existir una mayor participación o una intervención más directa en la configuración de dicho espacio social. Los poetas clásicos y los ecologistas solemos situar la Arcadia feliz en un mundo rural mítico y utópico. Sin embargo, la democracia, la autogestión y las relaciones igualitarias no son un atributo propio de las comunidades que cuentan con un reducido grupo de miembros o que desarrollan su actividad en el medio natural. Las mujeres conocen en carne propia que las pequeñas y tradicionales comunidades de lugar tales como la familia patriarcal, la iglesia, la escuela, el barrio o la aldea pueden ser profundamente opresoras. Las desigualdades, la explotación o la exclusión se producen tanto en las comunidades muy amplias como en las pequeñas. La solución no está en el tamaño, sino en el tipo de vínculos y lazos sociales que se establezcan dentro de cada comunidad, sea ésta enormemente amplia o muy reducida. Y las ciudades también pueden ser habitables y sostenibles, aunque se precisaría una radical transformación de las actuales formas de vida y organización urbana.

Las comunidades de elección pueden jugar un papel importante complementando a las comunidades de lugar. Integrarse o pertenecer a una de ellas puede basarse bien en la búsqueda de valores e intereses compartidos desde la pertenencia a un club de ajedrez hasta formar parte de un grupo de teatro- o bien en la necesidad de luchar conjuntamente contra una opresión común, como una forma de autodefensa o simplemente para reivindicar o ejercer derechos. Nacen así los grupos de apoyo o los colectivos de acción política y social en los que lo importante no es una identidad esencial, sino la creación y construcción de identidad y comunidad. En realidad, la verdadera democracia exigiría ámbitos de decisión tanto territoriales como no territoriales. Lo que se precisa es una nueva forma de tender y entretejer lazos comunitarios, espacios públicos físicos y psicológicos donde desarrollar, compartir y poner en práctica nuevas formas de interacción personal y social y nuevas formas de ejercer la política e intervenir en los asuntos públicos comunes, nuevas formas de existencia más armónicas con el medio y con los otros seres humanos, e incluso, más acordes con las necesidades y deseos de los propios individuos.

En las comunidades de elección también se está estableciendo la tendencia a primar los intereses económicos sobre los intereses de cualquier otro tipo. Los ciudadanos se han convertido en consumidores y hasta las *comunidades de vecinos* se transforman hoy en *comunidades de propietarios*, al igual que los *bienes comunes* se convierten en *comunidades de bienes*. Los escasísimos espacios públicos se han reducido a centros comerciales como continuación a una lógica del negocio en el tiempo de ocio. También los servicios sociales se mercantilizan y privatizan, y las relaciones sociales se truecan en relaciones comerciales.

La desmembración de todo tejido social al margen del mercado configura la exclusión y el surgimiento de un individuo aislado e indefenso que huye de sí mismo y de los más cercanos para escapar hacia paraísos artificiales y lejanos en una espiral que alienta aún más la forma de producción y el consumo capitalistas. Las grandes redes de comunicación posibilitan la comunicación global, pero mantienen al individuo aislado en una burbuja que huye del espacio-tiempo real para centrarse en un espacio difuso e inmaterial. El contacto directo con los otros se ha convertido en un tabú, y va cobrando más relevancia el contacto virtual. No se trata de contraponer un mundo a otro, sino de que cualquier ámbito de interacción social física o virtual- posibilite la convivencia sea ésta local o global, real o virtual. Todas estas dimensiones son posibles ámbitos de relación y de proyección de deseos y acciones compartidas.

En una sociedad donde toda relación con el otro ya no tiene un valor, sino un precio, no podemos hablar de una comunidad, sino de un coto privado. Lo común se opone a lo privado y, en tiempos de neoliberalismo obstinado, poco a poco los gobiernos van desmantelando y expropiando *lo comunitario* para encomendarlo y regalarlo a las comunidades o corporaciones privadas. Sin embargo, el dinero y la compra-venta no pueden suplir la afectividad y unas relaciones humanas libres, justas y auténticas sin contraprestaciones pecuniarias. Tampoco el planeta, patrimonio común y base biológica de todos los seres -incluidos los humanos-, puede servir a los intereses de unos cuantos. Debemos retomar nuestra capacidad de decisión e intervención para el bien común, y recuperar el lenguaje y los sueños que nos han robado.